

y, en ocasiones, un tacto y finura de que únicamente los padres son capaces. Sólo el amor paternal y maternal, tan tierno por la naturaleza como fuerte por la fe, puede sugerir en este punto seguras inspiraciones. En esa hora temible, en que el mando se escapa de las manos, es preciso conservar la más alta autoridad y ejercer la acción más enérgica; en esos momentos en que el joven casi no se conoce á sí mismo, es necesario enfrenar su libertad y domar su corazón; pero ¿quién no reconoce que ese corazón requiere contemplaciones exquisitas, y que es indispensable tratar con singular tino á esa libertad que se desencadena? ¿Y quién mejor que un padre y una madre podrá prestarse á semejantes atenciones y cuidados?<sup>1</sup>

Fenelon, que con tanta maestría ha escrito sobre educación, da los siguientes consejos á los padres de familia, á fin de que procedan con acierto en la época en que sus hijos son víctimas de una *crisis moral*, por efecto de las pasiones desbordadas: «No vayáis demasiado en su busca; dejadle que venga á encontrarlos; no le contempléis con debilidad, mas tampoco hagáis alarde de autoridad fuera de tiempo; no le incomodéis; no pretendáis darle lecciones importunas, sino decidle con sencillez y brevedad, y de la manera más dulce que os sea posible, las verdades que necesita saber; y esas verdades no se las manifestéis sino á proporción de la necesidad que de ellas experimente y de las disposiciones que ofrezca su corazón; deteneos inmediatamente que sospechéis se halla fatigado. No hay nada tan peligroso como dar más alimento del que se puede digerir. El respeto debido á esa edad y el verdadero bien que se desea alcanzarle requieren una delicadeza, unos miramientos y una suave persuasión que ruego Dios quiera concederos»

<sup>1</sup> Cf. *Dupanloup*, El matrimonio cristiano.

## CAPÍTULO QUINTO.

### LA EDUCACIÓN SECUNDARIA Y SUPERIOR.

1. Qué es la educación secundaria y cuál es su objeto. — 2. Cuidado sumo que exige la educación secundaria ó pública. — 3. La religión y la virtud son el fundamento de esta educación. — 4. Obligación de los padres de confiar sus hijos á buenos maestros. — 5. Dotes que han de tener éstos. — La educación superior ó universitaria, su importancia y manera de encaminarla. — 7. La educación nacional ó cívica.

**1. Qué es la educación secundaria y cuál es su objeto.** — La educación secundaria, llamada también *segunda enseñanza*, la recibe el niño fuera del hogar paterno en los colegios ó establecimientos de instrucción media. Algunos padres buscan maestros de confianza, para que en el recinto del hogar instruyan á sus hijos; pero esto acontece raras veces; porque en muchos países ha monopolizado el Estado la enseñanza secundaria, y si permite establecer colegios de instrucción libre, los sujeta á trabas muy pesadas, so pena de negar valor oficial á los exámenes dados en dichos colegios y de declararlos sin opción á grados académicos.

El objeto de la segunda enseñanza es la *cultura general* del alumno, ó sea proporcionarle nociones en los varios ramos del saber humano, como medio de despertar inclinaciones que den á conocer la profesión á que se ha de dedicar después y determinen su voluntad á ulteriores estudios.

Por tanto esta enseñanza cumplirá mejor su fin mientras abarque mayor número de asignaturas y de materias; es decir, mientras sea más extensa.

«El fin de la segunda enseñanza», dice el cardenal Gerbillon, «es formar el ánimo del alumno, ejercitar su entendimiento, ponerlo en disposición de caminar por sí mismo y hacerle ensayar sus fuerzas, comunicando al joven afición y aptitud para instruirse por sí solo durante el resto de su vida; porque el aprendizaje de la sabiduría no tiene término.» «El nombre de gimnasio dado en Alemania á los institutos de segunda enseñanza, está muy bien escogido», dice Lenormant; «porque manifiesta cuál es el principal objeto de esta clase de estudio: los alumnos adquieren allí la fuerza necesaria para las lides

futuras, ejercitan sus facultades y aprenden, en suma, á estudiar.»<sup>1</sup>

2. Cuidado sumo que exige la educación secundaria ó pública.—Conocido el fin de la educación y los derechos que en ella competen á los padres de familia y á la Iglesia, corresponde ahora tratar de la educación secundaria y de los graves deberes que impone á aquéllos. De suma trascendencia, en el orden social y religioso, es este asunto; por lo que, á más de las verdades generales antes enunciadas, voy á exponer otras especiales enseñadas por la Iglesia católica y por la recta razón.

Terminada la primera educación, que es de la exclusiva incumbencia del padre y de la madre, llega el momento en que el niño debe transpasar el umbral doméstico; porque la enseñanza que en él recibe es ya insuficiente, y necesita instruirse, cultivar sus facultades, y prepararse para cumplir la misión que Dios le señalara en el mundo. Hasta entonces la casa paterna ha sido la única escuela del niño: en adelante debe recibir la enseñanza pública y el abundante tesoro de la ciencia, que, á cargo de los maestros, es el complemento de la educación doméstica. Gran cuidado y vigilancia exige el joven en esta época de la vida, porque, si es dirigido por malos maestros, si se rodea de amigos perniciosos y se entrega á la lectura de libros corruptores, su ruina es inevitable.

El hombre en el estado actual, es como un enfermo aquejado de gravísima dolencia: por tanto, la educación debe respetar y mantener las partes sanas de la humana naturaleza, y amputar y destruir, á semejanza de inexorable cirujano, cuanto puede conservar en el alma el virus del mal. Á los golpes del cincel convierte el artista la piedra tosca en hermosa estatua. Igualmente, aprendiendo el hombre en la escuela de la virtud y de la verdad, conserva en sí clara y luminosa la divina imagen que le imprimió en el alma el Supremo Hacedor.

3. La religión y la virtud son el fundamento de la educación secundaria. — En el capítulo anterior se

<sup>1</sup> Véase el opúsculo «La segunda enseñanza en España», del cual hemos tomado las dos citas consignadas en el texto.

ha dicho ya lo bastante acerca del deber que tienen los padres de formar á sus hijos en el temor de Dios, desde la primera edad; pero como en el presente se trata de la educación secundaria, es preciso manifestar que también en ésta ocupa el primer lugar el elemento religioso; y que, por lo mismo, tienen los padres el estricto deber de buscar para sus hijos maestros cristianos. Conviene mucho inculcar esta obligación; porque aun algunos que rechazan como perjudicial la educación irreligiosa, juzgan erradamente que se puede eliminar de la escuela la instrucción religiosa, que debe ser dada sólo en los templos y en el hogar doméstico. También otros creen equivocadamente que los padres de familia y los ministros del culto son los únicos llamados á promover la piedad entre los jóvenes.

Si la educación es obra difícil; si ella se propone contrarrestar las dañadas inclinaciones de nuestra viciada naturaleza y sustituirlas con hábitos de honradez y moralidad, no puede prescindir de la religión en ningún tiempo ni lugar, y mucho menos en la época en que forma al hombre, so pena de no lograr el noble fin que intenta. La educación ha de tener siempre delante el destino sobrenatural del hombre; ni ha de olvidar que esta vida transitoria se halla íntimamente ligada á la futura, y que las acciones humanas nos conducen al último fin, ó nos apartan de él. Así que, al aprendizaje de las ciencias, debe unirse el de la religión, que con sus dogmas, cimiento de la sabiduría, y con la moral, norma de las acciones, abre amplios horizontes á la inteligencia y da en especial reglas admirables para la dirección de las costumbres y el ejercicio de las buenas obras. Sobre todo, en la actual condición del hombre, en que siente á menudo los incentivos del placer y el hormigueo de las pasiones, no puede triunfar de tan terribles adversarios, sin el auxilio sobrehumano que Dios comunica al corazón del humilde creyente.

Prescindir de la religión en la obra tan difícil de educar la juventud, es privarla de su mejor apoyo y consejero, para que se extravíe y quede á merced de sus ardientes apetitos. La religión es la brújula que indica el rumbo del viaje y

señala los derroteros á la penosa jornada de la vida. Todo sistema de educación que prescinde del elemento religioso es instable ó produce frutos envenenados, ha dicho el Conde de Maistre<sup>1</sup>.

Oigamos lo que acerca de la instrucción moral y religiosa de los niños dice el ilustre Pontífice León XIII.

«Es menester absolutamente», dice á los obispos de Francia, «que los hijos nacidos de padres cristianos sean desde luego instruidos en los preceptos de la fe, y que la instrucción religiosa se una á la educación, por la que se acostumbra preparar al hombre y formarlo en la primera edad. Separar la una de la otra equivale á admitir que, al tratarse de los deberes para con Dios, la infancia puede permanecer neutral. Sistema falso y pernicioso, sobre todo en una edad tan tierna, á la que se abre la puerta del ateísmo y se cierra la de la religión.»<sup>2</sup>

«La Iglesia ha tenido siempre maternal cariño por la infancia», dice en otra carta, «en cuya protección no ha cesado de trabajar amorosamente, rodeándola de numerosos auxilios. Prueba de ello son las muchas congregaciones religiosas fundadas para instruir á la adolescencia en las artes y en las ciencias, y para formarla sobre todo en la sabiduría y virtud cristianas. Gracias á esto, la piedad hacia Dios penetraba fácilmente en los corazones tiernos; los deberes del hombre para consigo, para con los otros y para con la patria, se cumplían con puntualidad, dejando las más halagüeñas esperanzas. Justo motivo de amargura tiene ahora la Iglesia al ver á sus hijos arrebatados de su lado, desde la primera edad, para ponerlos en escuelas en las que, si no se elimina todo conocimiento de Dios, lo proporcionan superficial y con mezcla de error; en las que

<sup>1</sup> Essai sur le principe générateur des Constitutions politiques.

<sup>2</sup> «Interest quam maxime susceptam et coniugio christiano sobolem mature ad religionis precepta erudiri: et eas artes, quibus etas puerilis ad humanitatem informari solet, cum institutione religiosa esse coniunctas. Alteras se iungere ab altera idem est ac reipsa velle, ut animi pueriles in officiis erga Deum in neutram partem moveantur: que disciplina fallax est, et presertim in primis puerorum etatulis perniciosissima, quod revera viam atheismi munit, religionis obsepit» (Encycl. *Notitissima Gallorum gens*, d. d. 8 Febr. 1884).

no se opone dique alguno al diluvio de errores, ni se da fe al testimonio divino, ni se admite la verdad, que sirve para defenderse de aquéllos. Ahora bien, es sobre manera injusto excluir del recinto de las letras y de las ciencias á la Iglesia católica, que ha recibido de Dios la misión de enseñar la religión, es decir, aquello mismo de que necesita el hombre para conseguir la eterna salud; misión que no ha sido dada á ninguna otra sociedad humana, y que ninguna tampoco tiene autoridad de vindicarla; por lo que la Iglesia la considera como un derecho suyo, y se lamenta de verla desconocida.»<sup>1</sup>

La virtud brota y florece al amparo de sólo la religión católica, fuente inagotable de hechos heroicos y madre fecunda de la caridad y el sacrificio. Las hazañas más grandes, los sucesos más gloriosos de que se enorgullece la humanidad, han sido inspirados y realizados por corazones cristianos. El error y el crimen ahogan todo sentimiento magnánimo; la verdad y el bien nos engrandecen y elevan á las regiones de la luz increada. La virtud es inseparable de la verdad y del bien; y cuando aquélla anida en el alma, hay acuerdo entre la cabeza y el corazón, y todas las acciones se subordinan á la consecución del fin supremo. «La inteligencia no se forma ni progresa sino bajo el imperio de Dios», ha dicho

<sup>1</sup> «Novellam etatem materno Ecclesie semper fovit complexu; eius presidio labores plurimos amantissime impendit et plurima adiumenta paravit; in his, familias nonnullas hominum religiosorum constitutas, que adolescentiam erudirent in artibus et doctrinis, ac precipue ad sapientiam alerent virtutemque christianam. Sic auspicio fiebat, ut in animos teneros pietas erga Deum facile influeret, ex qua officia hominis in se aliosque et patriam maturime explicata, maturime etiam in optimam spem florent. Ecclesie igitur iusta nunc est ingemendi causa, quum videat in primis etatulis filios suos a se divelli, atque in eos compelli litterarios ludos, ubi vel siletur omnino notitia Dei, vel mancum aliquid delibatur de ea perverseque miscetur; ubi colluvioni errorum nulla repagula, nulla fides documentis divinis, nullis veritati locus ut se ipsa defendat. Atqui de litterarum doctrinarumque domiciliis auctoritatem Ecclesie catholicæ prohibere, maxime iniurium est, eo quod munus religionis decende, eius videlicet rei qua nemo homo non indiget ad salutis eterne adeptionem Ecclesie a Deo sit datum; nulli vero alii datum est hominum societati, neque societati ulla sibi potest addiscere; ideoque ipsa suum propriumque in his merito affirmat, labefactum conquirerit» (Epistola *Officio sanctissimo*, d. d. 22 Dec. 1887).

el protestante Guizot. «El alma no se eleva y perfecciona sino bajo el influjo de Dios, que la crió y la juzgará. La instrucción no tiene valor alguno sin la educación, ni la educación sin la religión.» Victor Hugo exclamaba también: «Yo no quiero proscribir la enseñanza religiosa, que la creo ahora más necesaria que nunca. Hay en nuestros tiempos una tendencia perjudicial, acaso la única: á saber, no contar sino con la vida presente.»

«Por mucho influjo que ejerza una educación refinada en los espíritus de un temple superior, la razón y la experiencia nos prohíben esperar que pueda existir moralidad, excluyendo los principios de la religión», ha dicho Washington.

«Sobre la base de la religión se funda toda la vida del hombre y se determina, por consiguiente, toda su actividad», afirma León Tolstói. «Es por tanto evidente que la educación, es decir, la preparación de los hombres á la vida y á la actividad, debe estar fundada sobre la religión.

«Pero entre nosotros, en nuestro mundo se dice que el ilustrado, no sólo no es reconocida la religión como el punto de partida de la educación, no sólo no es mirada como un asunto importante y necesario entre todos los asuntos; sino que se la considera como á uno de los menores, como á cosa inútil, herencia de la antigüedad (en la cual nadie cree seriamente), que por conveniencia es mal ó bien enseñada en las escuelas. Se comprende que en tales condiciones la educación no puede ser razonable, sino enteramente perversa; pues tratándose de ésta se ha de poner por fundamento una doctrina religiosa que sea conforme al grado de instrucción de los hombres, sin distinción de nacionalidad y de clase.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Transcribimos á continuación el hermoso discurso que, en 15 de enero de 1850, pronunció Victor Hugo en la tribuna parlamentaria, porque juzgamos que su lectura agradará á nuestros lectores, sobre todo en consideración á que la Francia radical, tan enemiga de la enseñanza cristiana, acaba de conceder los honores de la apotheosis al mencionado poeta y escritor. «Señores: Lejos de querer yo proscribir la enseñanza religiosa, la creo hoy día más necesaria que nunca. Cuanto más crece y se eleva el hombre, tiene mayor necesidad de creer. Hay una desgracia en nuestros tiempos; puede decirse que casi no hay sino una desgracia: la tendencia de reducirlo todo

Lógico es concluir que la religión, al volver dulces y fáciles los graves deberes que pesan sobre el hombre, es la base de la educación; por lo cual, mientras el joven conozca más á fondo los dogmas cristianos, tendrá mayor luz en la inteligencia; y mientras más sepa las leyes de la moral y las ame, tendrá mayor fuerza para practicar el bien y cumplir en este mundo su ministerio de salud y de gloria.

**4. Obligación de los padres de confiar sus hijos á buenos maestros.**—Una vez que los padres no pueden comúnmente ocuparse por sí mismos en la educación secundaria

á la vida presente. Dando al hombre por fin y único destino la vida terrenal, la vida material, se agravan todas las miserias con la negación de lo que es superior; á la opresión de los desgraciados se agrega el peso insostenible de la nada; y de aquello que no era sino el sufrimiento, es decir, una ley de Dios, se hace la desesperación. De aquí el origen de profundas convulsiones sociales. Señores, yo soy, no lo dudéis, de aquellos que quieren — y ninguno de los que me escuchan puede desconfiar de mis afirmaciones — yo soy de aquellos que quieren, no digo con sinceridad (palabra demasiado débil), yo anhelo con ardor inexplicable y por todos los medios posibles, mejorar en esta vida la suerte material de los que padecen; mas no olvido que la primera de las mejoras es darles la esperanza. ¡Oh! ¡cómo disminuyen las miserias terrenas, limitadas y finitas, en todo caso, cuando nos alienta una esperanza infinita! El deber de todos, legisladores u obispos, sacerdotes ó escritores, publicistas ó filósofos, nuestro deber común es emplear y prodigar, bajo todas las formas, toda la energía social para combatir y destruir la miseria, y, al mismo tiempo, hacer levantar las cabezas hacia el cielo; dirigir todas las almas y sus aspiraciones hacia una vida ulterior, en que la justicia será cumplida, en que la justicia será satisfecha. Digámoslo muy alto: ninguno habrá sufrido, ni injusta ni inútilmente. La muerte es una restitución; la ley del mundo material es el equilibrio, la ley del mundo moral es la equidad. Dios se encuentra al fin de todo. No lo neguemos y enseñémoslo á todos: no habría dignidad alguna en vivir, y todo esto no valdría la pena si debiésemos morir por completo. Lo que alivia nuestras tristezas, lo que santifica el trabajo, lo que hace al hombre bueno, prudente, pacífico, benévolo, justo, á la vez humilde y grande, digno de la inteligencia, digno de la libertad, es tener delante de sí la perpetua visión de un mundo mejor que brilla al través de las tinieblas de esta vida. Yo quiero sinceramente, digo más, yo quiero ardientemente la enseñanza religiosa, pero la enseñanza religiosa de la Iglesia. Señores, en cuanto á mí, yo creo profundamente en ese mundo mejor, y yo declaro aquí que esta creencia es la suprema certidumbre de mi razón, como es la suprema alegría de mi alma.»

de sus hijos, tienen que confiarla a los maestros; pero, para obra tan difícil, deben elegir personas que reúnan las cualidades debidas.

Por esmerada y cristiana que sea la educación doméstica; por más que el niño respire en el hogar el suave ambiente de la virtud; por más que el padre y la madre, constituidos en custodios del tesoro que Dios les ha confiado, hayan depositado en su bella alma la semente del bien; toda esta hermosura, candor y pureza angelicales pueden empañarse y aun desaparecer, si se confía a manos inhábiles y manchadas la educación secundaria de la niñez.

Reflexionen los padres sobre tan grave obligación; recuerden que la escuela debe cimentar y desenvolver la primera enseñanza recibida en el hogar, y cuiden de proceder con cautela y acierto en la elección de maestros para sus hijos, convencidos de que el porvenir de éstos depende en gran manera de la buena ó mala dirección que reciben de aquéllos.

**5. Dotes que han de tener los maestros.**—Los encargados de la enseñanza y formación moral del niño ejercen un ministerio noble y difícil, de grave responsabilidad y consecuencias ante Dios y la sociedad. Un antiguo filósofo llegó á decir que el niño estaba más obligado con el maestro que con el padre; porque si á éste le debía el vivir, á aquél le debía el vivir bien.

«La misión del maestro, si bien por una parte es árida, monótona y casi siempre ingrata, es por otra una alta y noble misión, que tiene por objeto iniciar al hombre en los misterios de la vida intelectual, y crearlo á la existencia del espíritu y del mundo moral», afirma el D. Benigno Malo. «Puede decirse que los institutores pronuncian á cada momento esas sublimes palabras: *hagamos al hombre*; y lo que es más grato todavía para el corazón de los padres, es que esos hombres serán hechos á la imagen y semejanza del tipo evangélico y de la vida cristiana.

«La pedagogía no sólo es un arte, es un apostolado. El institutor toma al niño del regazo de su madre, y se apodera de él en toda su plenitud: su alma y su corazón, sus gustos y sus pasiones, su presente y su porvenir, todo queda con-

fiado á la caridad del nuevo padre. Al salir de sus manos el hombre ya se pertenece á sí mismo, y entra en el mundo con la semilla de vicios ó virtudes, de luz ó de errores, que ha recogido en su primer aprendizaje, á las fronteras de la vida. La sociedad entonces comienza á sentir la influencia directa de la educación primitiva que ha recibido la nueva generación: masas con creencias; pueblos que obedecen y aman á sus mandatarios cuando gobiernan bien, y que los detienen, por los resortes legales, en el camino de las aberraciones; gobiernos que no se inspiran más que de los intereses públicos, de la moralidad fiscal, de la protección hacia todos los derechos; jueces justos y justicieros; legisladores independientes é ilustrados; clero sabio y virtuoso; ejército heroico ante el enemigo, y obediente á la ley ante el pueblo; ricos caritativos; pobres no envidiosos, etc. Todo el colorido de este bello cuadro podría deberse á la mano del pedagogo que comienza á fundir en su molde los primeros caracteres de la nueva generación.»

La sociedad nos impone varios deberes y, en especial, la ley cristiana nos manda auxiliarnos mutuamente por medio de obras de misericordia. Entre éstas, las espirituales (á las que pertenece enseñar al que no sabe) son, absolutamente hablando, superiores á las corporales: 1.º porque el don espiritual prepondera sobre el corporal; 2.º porque siendo el espíritu superior al cuerpo, debe el hombre, con respecto á sí y al prójimo, cuidar más del primero que del segundo; y 3.º porque los actos espirituales son más nobles que los corporales, que, en cierto modo, son serviles<sup>1</sup>. En la jerarquía de las carreras sociales ocupa el maestro, sobre todo cristiano, un lugar distinguido, por la nobleza de su misión, por el fin que se propone, los motivos que le estimulan y las dificultades que debe vencer. En efecto, la misión del maestro es formar el alma, que vale más que todos los tesoros y grandezas del mundo; su fin es procurar la felicidad temporal y eterna del niño, así como el bien social fundado en el amor á Dios; los medios que emplea son la transmisión de los

<sup>1</sup> Cf. S. Thomas, Summa theol. II II, c. 32, a. 3.

conocimientos que posee, la persuasión y el buen ejemplo; las dificultades que ha de vencer son muchas, nacidas de lo arduo de la enseñanza, de la índole no siempre dócil del niño, de las preocupaciones de la época, y de los obstáculos que los gobiernos sectarios, y á veces los padres de familia, oponen especialmente al maestro cristiano<sup>1</sup>.

Varias dotes ha de tener el maestro, ante todo vocación, sin la que no podrá desempeñarse bien. Entre las cualidades físicas debe poseer los sentidos intactos: vista perspicaz, oído delicado, voz agradable, pronunciación clara, maneras cultas y fisonomía benévola. Entre las intelectuales, ha de tener espíritu lógico, para ordenar sus lecciones; imaginación viva, para dar colorido al lenguaje; inteligencia recta y juicio sano, para discernir la verdad del error; memoria bien cultivada, y, sobre todo, conocimientos suficientes en la materia que enseña.

Entre las cualidades religiosas y morales, ha de estar adornado de integridad de costumbres y de corazón piadoso, que hagan de él un modelo de imitación. El institutor cristiano necesita de *espíritu de fe*, ya que la educación se propone cultivar no sólo el entendimiento, sino elevar el alma á la altura de sus eternos destinos. Del espíritu de fe nace el *amor sobrenatural* al niño, que consiste en hacerle todo el bien posible, en el orden temporal, intelectual, religioso y moral. La vigilancia, la paciencia, la dulzura, la abnegación, en fin, que no repara en sacrificios ni en obstáculos, son otras tantas dotes indispensables al maestro cristiano, quien, en suma, ha de estar colmado de virtudes sólidas que le estimulen á promover la gloria de Dios, el bien del prójimo y la prosperidad pública<sup>2</sup>.

San Jerónimo exige que el maestro sea grave, ajeno á la risa, compuesto, de vida intachable y de grande erudición<sup>3</sup>.

«La ciencia de las lenguas muertas, el gusto por las buenas letras, la filosofía misma no bastan para educar: es menester

<sup>1</sup> Cf. *Achille*, Vade-mecum de l'éducateur chrétien.

<sup>2</sup> Cf. *Achille* l. c.

<sup>3</sup> Epist. ad Letam, de institutione filie.

el sentimiento de la paternidad moral, el desinteresado amor á las almas todavía en pañales; es necesaria la ciencia del sacrificio, de la inmolación de sí mismo, y el valor de renunciar á todo otro goce doméstico. Más que un gran talento, se necesita para los niños una ciencia que se complazca en hacerse pequeña y un alma comunicativa. El exceso de luz deslumbra la inteligencia y no la penetra.»<sup>1</sup>

Santo Tomás de Aquino afirma que los maestros, para formar é instruir debidamente á sus discípulos, han de tener las siguientes cualidades: 1.<sup>a</sup> *Mente ingeniosa*, para que sepan elegir lo mejor entre las cosas que puedan enseñarse. 2.<sup>a</sup> *Vida honesta*; porque, como dice Séneca, la virtud auxilia mucho á la enseñanza, y los hombres creen más lo que ven que lo que oyen. Largo y penoso es el camino de los preceptos: corto y eficaz el de los ejemplos. Hablar bien y vivir mal es acusarse y confundirse á sí mismo. 3.<sup>a</sup> *Ciencia humilde*. San Jerónimo afirma que se debe aprender por mucho tiempo lo que se ha de enseñar. Los pitagóricos prescribían guardar silencio por cinco años, y después hablar á los eruditos. La ciencia ha de ser humilde; porque la que ensorbece no es ciencia pura ni verdadera, y está mezclada con muchos errores. *Donde hay soberbia, allí habrá ignominia; mas donde hay humildad, allí habrá sabiduría* (Prov. II, 2). 4.<sup>a</sup> *Elocuencia*, porque sin ésta poco aprovecha la sabiduría. Cicerón dice que no hay cosa que por una mala narración no pueda ser perjudicada. Auxilian á la elocuencia la *naturalidad*, ó, mejor dicho, las dotes naturales; la *ciencia*, porque, como afirma el Sabio, para persuadir á otros es preciso que uno esté antes convencido; el *gesto*, porque la pronunciación apta y el movimiento conveniente del cuerpo son adornos de la elocuencia. 5.<sup>a</sup> *Pericia* en enseñar: para lo que se requiere *claridad* en el razonamiento, á fin de que todos le comprendan; *brevidad*, de manera que no se empleen palabras superfluas, se eviten la prolijidad excesiva y el inmoderado laceramiento rayano en confusión; *utilidad* en lo que se enseña, de modo que no se ocupe en cosas superfluas ó nocivas: *Yo,*

<sup>1</sup> P. *Chocarnet*, Le R. P. Lacordaire, sa vie intime et religieuse.

el Señor Dios tuyo, te enseño lo que te importa (Is. XLVIII, 17), y Séneca dice: No se necesitan muchas cosas, sino las que son eficaces<sup>1</sup>.

En el plan divino está confiada al padre y á la madre la educación del niño, dice el Padre van Tricht<sup>2</sup>; al padre, porque la educación es obra de fuerza y energía; y á la madre, porque es obra de ternura y amor. Cuando las necesidades sociales ó los rigores de la suerte apartan al padre y á la madre de esta obra tan grande, viene á reemplazarlos y representarlos un hombre: este hombre es el maestro.... Es preciso, pues, que el maestro tenga en su corazón lo que Dios ha colocado en los corazones reunidos del padre y de la madre: la fuerza, la energía, la ternura y el amor; es preciso, ante todo, que tenga un santo respeto á esa inocente alma en la que sus dedos van á esculpir los rasgos del justo.... Y ¿cómo lo tendrá si él no respeta su propia alma? ¿Cómo plantará en ella los gérmenes de la virtud, si primero no se hallan arraigados profundamente en la suya? ¿Cómo le enseñará á prestar obediencia al deber, si no sabe obedecer él mismo? ¿Con qué derecho le hablará del Dios vivo, nuestro Señor y nuestro Rey, si él mismo delante de ese Dios no inclina su frente y no dobla su rodilla, sumiso y humilde?... ¡Ah! ¡Si se exigiera al maestro que fuese un santo, no se le exigiría demasiado, pues se le confían almas.

«¿Sabemos bien lo que es educar», pregunta Julio Simón, «cuando queremos confiar nuestros hijos á hombres cuya moralidad consistiría solamente en obedecer á la ley, en no faltar á las conveniencias sociales y en obedecer los reglamentos? ¿Qué es obedecer á la ley? Eso no merece llamarse ni siquiera un hombre honrado, es simplemente no ser un malhechor. Basta tener un poco de educación social, virtud aparente que frisa no pocas veces en la hipocresía.... Ya podéis amontonar decreto sobre decreto y circular sobre circular, todo eso es pura administración, eso no es escuela. El

<sup>1</sup> De erudit. principum lib. 5 (inter op. S. Thome Aqu. ed. Vivés opusc. 37. Vea la nota en la pág. 56).

<sup>2</sup> Los niños de la calle.

día en que estéis seguros de que hay en cada escuela un hombre suficientemente ilustrado, profundamente sacrificado al cumplimiento de su deber, yo añadiría, eminentemente religioso y honrado, estad tranquilos acerca de vosotros y del porvenir del país.... La escuela no es un regimiento, ni un convento, ni una oficina: es una sucursal de la familia.»<sup>1</sup>

«Consideren los padres cuán graves y santos deberes tienen con Dios relativamente á los hijos, á quienes deben educar en el conocimiento de la religión, en la práctica de las buenas costumbres y en el servicio divino; y cuán culpables son cuando exponen á niños inocentes y sin defensa al peligro de maestros sospechosos», dice León XIII. «Deben saber los padres que, en las obligaciones que se derivan de la procreación de los hijos, hay otros tantos derechos fundados en la naturaleza y la justicia, derechos de tal condición, que nadie puede desprenderse de ellos ni cederlos á ninguna potestad, una vez que no es lícito al hombre desligarse de una obligación que tiene para con Dios. Que los padres reflexionen que pesa sobre ellos una grave carga de protección hacia sus hijos, y mucho más grave al tratarse de esa vida superior y más excelente del alma, para la cual deben aquéllos formarlos. Y cuando no puedan hacerlo por sí mismos, deben buscar para sus hijos auxiliares extraños, mas de modo que reciban de maestros autorizados la enseñanza religiosa necesaria.»<sup>2</sup>

<sup>1</sup> L'École (cita de Van Tricht).

<sup>2</sup> «Parentes velint animadvertere, quam magna sanctaque officia sibi cum Deo intercedant de liberis suis; ut scientes religionis, bene moratos, Deum pie colentes educare debeant; ut faciant damnose, si etatem credulam et incautam suspectis preceptoribus in discrimen committant. Hiis in officiis, simul cum procreatione liberorum susceptis noverint patres familias, totidem iura inesse secundum naturam et æquitate, atque esse eiusmodi, de quibus nihil licet sibi remittere, nihil cuius hominum potestati liceat detrabere, quam officiis solvi quibus homo teneatur ad Deum, sit per hominem nefas. Hoc igitur parentes reputent, se magnum quidem omnium genere de liberorum tuitione, multo tamen gerere maius, ut eos ad meliorem potioremque vitam, que animorum est, educant: quod ubi per se ipsi prestare nequeant, summoprimo esse vicaria opera aliorum prestare, ita ut necessarium religionis doctrinam ex magistris probatis audiant liberi et percipiant» (Epistola Officio sanctissimo, d. d. 22 Dec. 1887).

De lo anterior se deduce que los encargados de la educación secundaria de la juventud, han de tener instrucción competente, conducta intachable, desinterés, celo por la verdad y el bien: cualidades difíciles de adquirirse, y sin las que no desempeñarán debidamente tan arduo y hermoso ministerio. No debe olvidar el maestro que, por medio de la educación, *crea y forma*, en cierto modo, el alma del discípulo. Cuando se habla á éste con la autoridad y el prestigio que comunican al hombre la ciencia y la virtud, cuando el maestro une á la enseñanza el buen ejemplo, su influjo es provechoso y eficaz en el corazón del alumno.

**6. La educación superior ó universitaria, su importancia y manera de encaminarla.**—Terminada la educación secundaria, ó, mejor dicho, la enseñanza media, cuyo fin es la cultura general del alumno, tiene éste que completar su formación escolar, adoptando, de acuerdo con sus aptitudes é inclinaciones, una carrera profesional que satisfaga sus legítimos anhelos y le asigne el puesto que le corresponderá en la sociedad.

De esto último se encarga la educación superior, que completa la formación intelectual y moral del joven, durante la vida de colegio, dedicándole á un estudio determinado, que lo ha de cultivar con preferencia á los demás. Como Dios ha dotado desigualmente á los hombres, dándoles á unos aptitud para una cosa y á otros para otra, debe cada uno adoptar la profesión á que se siente llamado y para cuyo ejercicio se siente capaz. Siendo muy variados los conocimientos humanos y corto el plazo de la vida, es preciso no abarcar mucho á la vez, sino dedicarse especialmente al que más le atraiga, á fin de profundizarlo y ser especialista en él. Hacer lo contrario, equivale á dividir las fuerzas del espíritu y á anular ó, por lo menos, restringir la labor intelectual.

El hombre tiene *vocación* en el orden científico, y para que ésta se manifieste es indispensable que sus facultades hayan llegado á la plenitud de su desarrollo y que adquiera un conocimiento á lo menos general de las diferentes ciencias y artes á que ha de consagrar su actividad. De suerte que para formar *especialistas*, esto es, hombres verdadera-

mente aptos para el estudio y útiles en el ejercicio de las diversas profesiones, es preciso que, á la respectiva disciplina especial, preceda una general, ó sea el conocimiento del árbol de la ciencia, de que pende la rama á cuyo cultivo ha de dedicarse cada uno<sup>1</sup>.

Grande es la valía de la educación y enseñanza superior, y debe el joven sacar de ella el mayor provecho posible. Porque la profesión que siga influirá mucho en su posición social, en el orden y método de sus estudios, en el logro de sus deseos, y será para él á modo de compañera inseparable que le servirá de sostén y consuelo en las inevitables peripecias de la vida.

La industria, el comercio, la agricultura, las artes, las ciencias profanas y sagradas, presentan un campo muy amplio á la actividad humana, y entre las profesiones liberales son más nobles las que proceden por móviles desinteresados, buscando ante todo el remedio de las necesidades ajenas y la extirpación de las llagas sociales.

El joven, para elegir con acierto una carrera ó profesión, ha de estudiarse á sí mismo y escudriñar sus íntimos afectos, dejándose guiar, no del impulso de las pasiones y del atractivo del placer, sino del dictamen recto de la conciencia y de la voluntad de Dios, que ordena á cada cual ocupar el puesto asignado. ¡Cuántos jóvenes, por proceder ligera ó erróneamente en asunto tan delicado, esterilizan su actividad, dan rumbo equivocado á sus facultades y son como ruedas fuera de su lugar en el mecanismo social!

La religión, con sus enseñanzas y saludables estímulos, ha de ser la consejera del joven en esta época de la vida, y entre sus estudios ha de darle lugar preferente, cuidando de adquirir un conocimiento profundo de ella. Si los que gobiernan la Iglesia *han de ser capaces de enseñar la sana doctrina y de redargüir á los que la contradijeren*<sup>2</sup>; también, guardada la proporción debida, el joven que se precia de católico é ilustrado, necesita poseer la ciencia religiosa

<sup>1</sup> Cf. el opúsculo «La segunda enseñanza en España».

<sup>2</sup> TH. 1, 9.

suficiente para darse cuenta de sus creencias y defenderlas con entereza.

Algunos afirman que la enseñanza superior de la Universidad ha de ser neutral, porque ella se limita á la ciencia pura, y no á la ciencia católica ó atea. Tal aseveración es inexacta en el terreno científico y en el moral, por el íntimo enlace que tienen entre sí los ramos del saber y porque el profesor no puede prescindir en la enseñanza de sus creencias y opiniones religiosas. Al tratarse, por ejemplo, de la filosofía, de la historia, de la literatura, del arte, del dogma, de la moral y de las ciencias políticas, ¿cómo prescindir de la Iglesia, cuya doctrina ha influido en todas ellas y ha cooperado á su adelanto? ¿cómo prescindir, sobre todo, de Jesucristo, cuya figura ocupa el punto culminante de la historia, quien por medio de su Iglesia ha civilizado á los pueblos, sacándoles de la noche de la barbarie y conduciéndolos al pleno día de la verdad cristiana?

La ciencia, objetivamente considerada, puede ser neutral en cuanto á las conclusiones que se desprenden de los hechos para tal ó cual creencia; pero no pasa lo mismo cuando es enseñada. «Por el canal del profesor», dice el Padre Targile<sup>1</sup>, «se transmite la ciencia al alumno y, durante el trayecto, se tiñe con algunos colores. Sólo es buen maestro el que se da á la enseñanza y á los alumnos con todo su alma. Si tiene sus convicciones y creencias, si está habituado á mirar las personas y las cosas bajo cierto aspecto es imposible que no las manifieste en sus lecciones. Enrique Maret expresaba la misma idea, no obstante su radicalismo. La neutralidad, decía, es una palabra vacía de sentido, y sólo puede ser neutral un imbécil; pues, cuando se tiene una opinión, es natural expresarla. Mucho menos puede serlo el encargado de enseñar; porque aquélla penetra por todas partes, se insinúa sin cesar, y no se cuenta un hecho histórico sin juzgarlo, ni se emite un pensamiento cualquiera sin que dicha opinión se manifieste claramente. Por esto la neutralidad es un sueño.»

<sup>1</sup> La neutralité de l'enseignement supérieur dans l'Université.

En nuestros tiempos, la enseñanza universitaria en la mayor parte de los países cultos ha sido monopolizada por el Estado, el cual, cuando es sectario, la convierte en arma poderosa contra la educación cristiana. Los católicos pueden preservar á sus hijos del peligro de perversión en la enseñanza primaria y media, porque el Estado permite abrir escuelas y colegios particulares; no así en la instrucción universitaria, que la reserva para sí, á fin de imbuir á la juventud en las nuevas doctrinas de absoluta libertad y tolerancia. La Universidad es la ciudadela en que se encastilla el Estado moderno para acastar sus tiros contra el dogma y la moral católicas, sin que nadie pueda inmiscuirse en sus actos, ni pedirle cuenta del abuso. Sobre todo en los pueblos de raza latina, el Estado se entiene no sólo en dictar los reglamentos universitarios y en conferir grados académicos, sino también en designar textos de enseñanza (con detrimento de los intereses mismos de la ciencia), llegando á excluir de las cátedras á los que rechazan este régimen autoritario, por competentes que sean. En suma, el gobierno civil olvida que sobre todo los altos estudios deben proponerse ilustrar y moralizar á la juventud que pronto regirá á la nación, y los convierte en máquina de guerra contra el catolicismo y sus adeptos.

Así acontece en Francia, donde, bajo un régimen de libertad, han florecido no pocas célebres universidades católicas, blanco del odio de los sectarios que hoy presiden á ese noble país. Según ellos, «á la Iglesia, con sus dogmas y su fe inalterable, debe oponer el Estado la Universidad, fortaleza del pensamiento libre, y á sus maestros corresponde contrarrestar las doctrinas religiosas de la edad media con las que acepta el *espíritu nuevo*.» «La Universidad», decía Saint-Marc-Girardin, «da la instrucción, no la educación: nosotros enseñamos, pero no educamos.» Conocidos son los terribles males que la Francia católica está soportando en la actualidad, como resultado de la secularización de la enseñanza oficial.

Tenga cuidado el alumno universitario de profundizar el ramo especial que eligiere, á fin de adquirir sólidos conocimientos en él, tanto más que la extensión de la ciencia y la flaqueza de las facultades humanas no permite, como lo dijimos,

adquirir ciencia universal. Los grandes genios han sido, por eso, especialistas, como lo comprueban, en nuestros tiempos, el Padre Secchi, Edison, Pasteur, Menéndez y Pelayo, y otros más.

En cuanto á la manera de dirigir la enseñanza superior, es preferible el método de lecciones orales, que permite al profesor ampliar las ideas del texto y exponer las suyas propias. Limitarse á ejercitar principalmente la memoria del alumno, sujetándole, como á simple escolar, á aprender todo *ad pedem litterarum*, equivale á cortar el vuelo de la inteligencia é impedir el esfuerzo personal. Este método aprovecha también al joven, que cuida de escribir las lecciones orales, lo que ejercita sus facultades y le acostumbra á raciocinar. Teniendo las aptitudes en pleno desarrollo, es natural se sirva de ellas para conocer á fondo la materia profesional y acrecentar con propia cosecha el caudal de observaciones y conocimientos que forman el patrimonio científico de cada uno. De este modo, terminada la enseñanza superior, se hallará el joven en aptitud de ejercer con provecho su profesión, de guiarse por sí en el mundo social, de prestar útiles servicios á sus semejantes y aun de desempeñar cargos importantes á su país.

La organización universitaria en la edad media y en buena parte de la época moderna, dió mucha amplitud á las especulaciones abstractas, á la metafísica, á la teología, y poca á las ciencias naturales, por el mediano desarrollo que hasta entonces habían alcanzado. Bajo la influencia de nuevos métodos, al soplo poderoso del análisis, con Rogerio Bacon, con el canciller inglés del mismo apellido, con Newton, con Descartes, la ciencia ensanchó su cauce, salvando los lindes tradicionales. Y merced á esta corriente poderosa del espíritu humano y á sus asombrosas conquistas sobre el mundo físico, las Universidades han ido transformando su organización, adecuándola al progreso en todos los círculos de la actividad humana. Los sucesos políticos desde la revolución francesa han tenido una parte muy considerable en estas transformaciones; y lo que en los varios países llaman Universidad difiere bastante entre sí.

Ya las célebres Universidades de París, Salamanca y Oxford, depositarias de la antigua clásica sabiduría, han desaparecido

ó se han transformado en nuevos centros de amplia y múltiple cultura, hasta ir demasiado adelante en contra de las altas é indispensables ciencias del espíritu.

Una Universidad montada según el sistema moderno, comprendiendo todas las disciplinas y los órdenes todos de la actividad intelectual, se dividiría según algunos en estas secciones:

1.<sup>o</sup> Ciencias especulativas y metafísicas: teología, ideología, psicología, cosmología.

2.<sup>o</sup> Ciencias físicas y matemáticas: mecánica, astronomía, cosmografía, historia natural.

3.<sup>o</sup> Ciencias morales: ética, derecho, política.

4.<sup>o</sup> Estética y bellas artes.

7. **La educación nacional ó cívica.**—Esta educación se propone formar al niño teniendo en cuenta la nación á que pertenece, por el desarrollo del patriotismo, el mantenimiento y la mejora del carácter nacional. Esta educación forma parte de la educación moral, y nos ocuparemos en ella para tratar de todas las clases de educación.

El linaje humano está dividido en varias naciones, por ordenación divina y por varios sucesos de orden natural, que no es del caso examinar. Ahora bien, Dios ha puesto en el corazón de cada hombre un amor vivo hacia el lugar de su nacimiento, amor que es una extensión del que se tiene á la familia; de modo que el patriotismo es virtud moral, que está íntimamente ligada con el sentimiento religioso.

Este afecto instintivo se convierte en convicción ilustrada y profunda por medio de la educación nacional, la que hace conocer al niño la propia patria, por el estudio de su pasado, del presente y del porvenir, conocimiento que produce admiración hacia ella, admiración que fomenta el amor, el que á su vez inspira la abnegación, y ésta el sacrificio sobre las ruinas del egoísmo.

El medio principal de desenvolver y depurar esta virtud cívica es la cultura del espíritu por la educación, la que debe estar profundamente penetrada del sentimiento patriótico: sobre todo la historia, que considera á la patria en el pasado, nos recuerda sus hombres ilustres y sus hechos gloriosos; la geografía, que la describe tal cual es al presente;

el derecho, que da á conocer su organización política y administrativa, con las obligaciones impuestas á sus moradores; el canto, que celebra las hazañas de los mayores; los concursos literarios, en que se conmemoran los sucesos notables del país: todo lo que aviva el patriotismo y lo preserva de exageraciones y peligros.

El segundo medio es el sentimiento religioso, que debe servir de base á la educación nacional. En efecto, la patria exige muchas veces la inmolación de uno mismo en aras del bien público; pero el espíritu de sacrificio tiene su principio en la religión, y se adquiere por su medio; por lo que no se la ha de proibir de la educación, so pena de extinguir el amor abnegado hacia el propio país. El mal cristiano es mal hijo, falso amigo y pésimo ciudadano. La enseñanza anticristiana es también antinacional. La historia comprueba que los pueblos creyentes han sido los más patrióticos, y que, á medida que el indiferentismo ó la impiedad se han enseñoreado de las masas, han caído éstas en el utilitarismo, que amortigua y extingue el amor desinteresado de la patria.

El tercer medio es fomentar el amor á la familia y la piedad filial, inseparables del verdadero patriotismo. Si el hogar doméstico está cimentado en el temor de Dios, existirán también el culto de la patria y la resolución de servirla y procurar su engrandecimiento, cueste lo que cueste. La experiencia comprueba que cuando se relajan los lazos de la familia, se menoscaba el amor patrio; y que, por el contrario, de los hogares honrados salen buenos ciudadanos.

Las naciones, como los individuos, tienen fisonomía moral propia, en armonía con la misión que Dios les asigna. La felicidad ó desgracia de un pueblo depende de que cumpla ó no su destino social, y de que mantenga ó pierda el carácter peculiar, constitutivo de su individualidad política y de su manera de ser. Por esto, la educación patriótica se propone conservar y fortalecer los rasgos del carácter nacional, combatir los defectos, é inspirar á los futuros ciudadanos el culto de las tradiciones y de las costumbres locales<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Cf. *Achille*, *Vade-mecum de l'éducateur chrétien*, cuya doctrina hemos extractado en esta materia.

Hay pueblos que sobresalen por el sentimiento religioso, por el espíritu guerrero, el amor á la justicia, el culto á lo bello, la afición á las ciencias, el carácter industrioso y especulador, las tendencias nobles y generosas. La educación nacional ha de tener en cuenta estas cualidades de espíritu y de corazón, para dirigiirlas é impedir su extravío; ha de promover el engrandecimiento del propio suelo, el entusiasmo por sus grandes hombres y acciones recomendables; ha de mantener, en una palabra, vivo el amor generoso y abnegado al país natal, sin el que no existe el patriotismo.

## CAPÍTULO SEXTO.

### LA EDUCACIÓN IRRELIGIOSA Y LA INDIFFERENTE.

1. Qué es la educación irreligiosa y la indiferente. — 2. La escuela laica ó neutra. — 3. Males que ésta causa al niño y á la sociedad. — 4. Establecimientos de enseñanza en que se da poca importancia á la religión.

**1. Qué es la educación irreligiosa y la indiferente.**—En dos formas se ataca hoy al catolicismo en la escuela: ó rechazándolo de ésta abiertamente, ó prescindiendo de él, pero sin declararle guerra manifiesta. En el primer caso la educación es impía, y en el segundo, indiferente, siendo indudable que aquélla es mucho más perniciosa que ésta. Sólo los que no creen en la vida futura pueden consentir en que sus hijos se acostumbren desde la niñez á mirar de reojo ó con indiferencia á la Iglesia católica, fuera de cuyo seno no hay salvación.

Si la educación irreligiosa es detestable, no deja de ser también perjudicial la indiferente. No basta, en efecto, dejar de combatir la religión en la enseñanza, para que ésta sea inofensiva: si el niño no oye en la escuela el nombre de Dios; si no adquiere instrucción religiosa; si no se le infunde amor á la virtud, mirará con descuido sus intereses eternos; no podrá contrarrestar las pasiones, y concluirá por ser vic-

tima del error y del vicio. Téngase en cuenta, además, la inclinación que el hombre siente á lo malo, y la dificultad que le cuesta hacer lo bueno, y se comprenderá que sin la religión no podrá obtener lo segundo ni evitar lo primero.

«La educación es, en nuestros tiempos, el asunto más importante, y la escuela el campo en que se resuelve la suerte de la generación que se levanta. El mundo y sus secuaces se empeñan en que la educación se aparte de la religión (para que sea irreligiosa ó indiferente), en que se difunda el conocimiento de las cosas terrestres y se prescindiera de las celestiales; en que los hombres se ocupen incesantemente en el estudio de los cuerpos, de sus propiedades y cambios, y cuiden poco ó nada del alma creada á imagen de Dios; en que se dediquen, finalmente, en todas las edades de la vida, á la investigación y adelanto de las ciencias humanas, sin destinar tiempo alguno á la contemplación del Creador de cuanto existe, en quien vivimos, somos y nos movemos.»<sup>1</sup>

**2. La escuela laica ó neutra.**— «¿Qué quiere decir escuela laica?» pregunta Monsabré. «Quiere decir», contesta, «escuela en que se excluye como á *imbécil é inútil* á todo el que tiene carácter sagrado y participa más de cerca de la luz divina; quiere decir escuela en que se aparta de la enseñanza pública á cuantos se han consagrado á Dios por votos religiosos y han obtenido la gracia de consagrarse con un celo más vivo á la difícil é ingrata labor de la instrucción de la infancia; quiere decir escuela de la que se excluye á la Iglesia, que ha salvado las letras, fundado las universidades, creado la enseñanza popular, deshecho y vencido, primero ella, la ignorancia de las clases bajas de la sociedad; quiere decir escuela en la que se priva á los niños de la bendición de Jesucristo, y se ahoga en sus labios inocentes toda alabanza á Dios; quiere decir escuela en que la ciencia pura se separa, aun en sus elementos más simples, del dogmatismo religioso; quiere, en fin, decir escuela sin Dios y de la que debe ser excluido su influjo, de modo que la enseñanza sea atea.»<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Carta Pastoral de los obispos de la provincia de Dublín.

<sup>2</sup> Les principes chrétiens et la famille.

Algunos partidarios de la escuela laica aducen el fútil argumento de que cada hombre es libre para servir á Dios como á bien tenga, y para tributarle el culto que le parezca. Semejante principio, que deja á merced del capricho y aun de las pasiones humanas las sagradas relaciones del hombre con su Autor, conduce al indiferentismo religioso, á la impiedad y al ateísmo. Nadie puede negar razonablemente que los deberes religiosos ocupan el primer lugar entre los varios que tiene la criatura racional; por lo que si la educación se propone ante todo el perfeccionamiento moral del hombre, no puede desconocer y menos rechazar dichos deberes, sino antes bien inculcar su cumplimiento, en la manera y forma prescrita por la Iglesia, única depositaria de la doctrina revelada.

Otros muchos, inclusive algunos católicos, juzgan, como antes se indicó, que la educación moral y religiosa debe recibirla el niño únicamente en el hogar doméstico ó en los templos; y que en las escuelas y colegios se ha de procurar tan sólo su instrucción científica y formación intelectual. Tal doctrina es inadmisiblemente y perniciosamente; porque desconoce el gran influjo que el maestro ejerce en el corazón del niño; restringe el campo de acción de aquél y su benéfico ministerio, y le priva del medio más eficaz de obtener de sus alumnos la moderación, el amor al trabajo, el espíritu de disciplina, el respeto y obediencia indispensables para la buena marcha de los establecimientos de enseñanza.

**3. Males que la escuela laica ó neutra causa al niño y á la sociedad.**— ¿Qué cosa es educar? Perfeccionar física, intelectual y moralmente al hombre, se ha dicho varias veces. Pero para lograr, sobre todo, lo último, es indispensable la religión, que une al hombre con Dios, le comunica fuerzas para vencer los apetitos desordenados y para practicar acciones virtuosas.

Y como no hay sino una Iglesia verdadera, la católica, que fué instituida por Jesucristo para continuar su obra divina en el mundo, á las enseñanzas y dirección de ella deben someterse cuantos desean formar cristianamente á la juventud.

Por esto los partidarios de la educación laica se empeñan muchísimo en excluir á la Iglesia, no sólo del hogar, sino

también de la escuela; pues saben que, si el niño no adquiere el temor de Dios y el amor á la virtud en los primeros años, difícilmente los adquirirá después, y que continuará, como de ordinario acontece, por la misma senda durante toda su vida.

La escuela laica se propone instruir al niño con absoluta prescindencia de la religión, para alejarle de su destino sobrenatural y contrariar los designios de Dios. Intento verdaderamente satánico, causa de la ruina temporal y eterna de muchas almas, que, imbuidas desde los albores de la vida en perniciosas doctrinas, crecen como plantas nocivas para dar sólo frutos de maldición y de muerte. Para que el niño se preserve de tan grave peligro, debe ser formado por hombres que le enseñen á obrar bien, con la palabra y el ejemplo.

La escuela *neutra*, ha dicho Alberto Duruy, ministro en otro tiempo de Instrucción pública en Francia, es necesariamente escuela irreligiosa. Por más que se empeñen en arrojar de la enseñanza la idea de Dios, ella vendrá precisamente; por más que se la eche por la puerta de la escuela, penetrará por la ventana con el primer rayo de sol. El niño es curioso. Señor, preguntará á su maestro, ¿no es Dios quien creó el sol? Y he aquí la grande, la eterna cuestión del por qué de las cosas que se presenta ante nuestro profesor de moral independiente. He aquí á nuestro hombre obligado á explicarse, á tomar partido; pues si esquivá hoy la respuesta, mañana será desmentido por la historia, por la geografía, por la geología. No hay medio de eludir el problema; es preciso resolverlo de un modo ú otro; y, desde luego, ¿en qué consiste vuestra *neutralidad*? Es una hipocresía, cuando menos. «La neutralidad *impuesta*», es la negación *impuesta*, dice Julio Simón, y Lorand afirma que no ha existido jamás la neutralidad escolar; porque no hay hombre que, en un momento dado, pueda prescindir de sus convicciones hasta el punto de ser neutro.»

¡Cuán responsables son ante Dios y ante la sociedad los padres que confían sus hijos inocentes á maestros impíos, ó por lo menos indiferentes en religión! Muy poderoso es el ascendiente del maestro sobre el discípulo, sobre todo en la

primera edad. Si el niño no oye al maestro hablar de religión; si no ve que la practica; ó si, lo que es peor, escucha de sus labios burlas y sarcasmos contra ella, mirará con odio y desprecio á la Iglesia católica, columna de la verdad y tabla de salvación para el hombre, después del naufragio de la culpa. Victor Hugo ha dicho que «se debe poner en prisión á los padres que envían á sus hijos á una escuela en cuya entrada se han inscrito estas palabras: *Aquí no se enseña la religión*».

Por eso, vuelvo á repetirlo, son muy perjudiciales las escuelas laicas ó neutras, en que se deja crecer al niño en una total ignorancia de las cosas santas; pero téngase presente que el impugnar dichas escuelas no equivale á decir que la educación ha de ser únicamente dada por sacerdotes ó religiosos. De ninguna manera.

Puede ser buena y excelente la que den maestros seculares, siempre que enseñen la religión á sus alumnos, con la palabra y el ejemplo. Escuela laica, en el estilo moderno, es lo mismo que escuela sin Dios, y ésta es la que impugnaba León XIII.

No olviden los padres de familia y cuantos se interesan por el bien público que, si la juventud pierde el temor de Dios, perderá también muy fácilmente el respeto y obediencia debidos á la autoridad paterna y civil.

La educación laica es para cualquier país un mal mayor de lo que se piensa, mal que, si no se remedia, le ocasionará gravísimos daños en el orden público y privado.

«¿De qué se trata», pregunta Guizot<sup>1</sup>, cuyo testimonio no puede calificarse de parcial; «de qué se trata en la mayor parte de los centros docentes, en las escuelas de instrucción primaria y en los establecimientos de segunda enseñanza, para el mayor número de los niños que á ellos acuden, y durante los años que en ellos pasan? Se trata esencialmente de educación y de disciplina moral. Buena en sí misma es la instrucción intelectual por las riquezas que agrega á las facultades naturales del hombre; pero es, sobre todo, excelente por su íntima relación con el desarrollo moral. Ahora bien,

<sup>1</sup> Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps (cita del Padre van Tricht).

se puede dividir la enseñanza, no se divide jamás la educación; se pueden limitar á ciertas horas las lecciones que se dirigen á la inteligencia sola; no se cuidan de esa suerte, no se limitan de ese modo las influencias que se ejercen en el alma, especialmente las influencias religiosas. Para conseguir su efecto, para producir su efecto, necesitan esas influencias dejarse sentir habitualmente en todas partes. La instrucción puramente *civil* puede formar el talento, pero no alimenta ni regula en modo alguno el alma. Tan sólo Dios y los padres tienen semejante poder. No hay verdadera educación moral sino por la familia y la religión; y allí donde no hay familia es decir, en las escuelas públicas, es mucho más necesaria la influencia de la religión. Es una honra y una felicidad para nuestro país (Francia), que en sus establecimientos de instrucción sea, en general, poderosa esta influencia. No vemos por eso que ella haya perjudicado á la actividad, ni al libre desarrollo del espíritu humano; y es, al mismo tiempo, evidente que ha servido en gran manera al orden público y á la moralidad individual.»

Actualmente han cambiado de modo desfavorable las condiciones de la educación en Francia, por la guerra sin cuartel declarada á Dios y á su Iglesia, en los colegios oficiales, y por la hostilidad desplegada contra las congregaciones docentes que han tenido que cerrar muchos de sus establecimientos de enseñanza. En vano los católicos han protestado contra tal atropello; en vano el Sumo Pontífice lo ha combatido en nombre de la civilización cristiana. La juventud francesa se ve hoy forzada á concurrir á escuelas y colegios neutros, en que peligran la fe y la integridad de las costumbres; mal que, por desgracia, lamentan también otros pueblos católicos de Europa y de América.

«Conviene muchísimo», afirma León XIII, «que los padres y madres dignos de este nombre cuiden de que sus hijos que han llegado á la edad de aprender, reciban la enseñanza religiosa y no encuentren en la escuela nada que dañe la fe ó la pureza de las costumbres. La ley divina, de acuerdo con la ley natural, impone á los padres esta solicitud por la

educación de sus hijos, y ninguna causa puede dispensarlos de ella. La Iglesia, guardiana y vengadora de la integridad de la fe, y que, en virtud de la misión que ha recibido de Dios, su autor, debe llamar á la sabiduría cristiana á todas las naciones y velar con esmero sobre las enseñanzas dadas á la juventud colocada bajo su autoridad, la Iglesia ha condenado siempre explícitamente las escuelas llamadas *mixtas ó neutras*, y con frecuencia ha advertido á los padres de familia que en asunto tan importante estén siempre vigilantes y sobre aviso. Obedecer en esto á la Iglesia es mirar por los intereses sociales y promover eficazmente el bien común. Aquellos, en efecto, cuya primera educación no ha sentido el saludable influjo de la religión, crecen sin tener noción alguna de aquellas verdades capitales que son las únicas que pueden mantener en el hombre el amor á la virtud y reprimir los apetitos contrarios á la razón. Tales son las nociones de Dios criador, de Dios juez y vengador, de las recompensas ó castigos que nos aguardan en la vida futura, y de los auxilios celestiales que Jesucristo nos trajo para el cumplimiento diligente y concienzudo de nuestros deberes. Si se ignoran estas verdades, toda cultura intelectual será una cultura malsana. Los jóvenes á quienes no se les inspira el temor de Dios, no podrán tolerar ninguna de las reglas de que depende la honestidad de la vida; y acostumbrados á no refrenar sus pasiones, se lanzarán fácilmente á perturbar el Estado.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> «Omnino parentes bonos curare oportet, ut sui cuiusque liberi, cum primum sapere didicerunt, præcepta religionis percipiant, et ne quid occurrat in scholis quod fidei morumque integritatem offendant. Et ut ista in instituta sobole diligentia adhibeatur, divina est naturalique lege constitutum, neque parentes per ullam causam solvi ea lege possunt. Ecclesia vero, integrissimis fidei custos et vindex, que, delata sibi à Deo conditore suo auctoritate, debet ad sapientiam christianam universas vocare gentes, itaque sedulo videre, quibus excolatur præceptis institutio juvenum que in ipsis potestate sit, semper scholas quas appellant *mixtas* vel *neutras* aperte damnavit, monitis etiam atque etiam patribus familias, ut in re tanti momenti animum attenderent ad cavendum. Quibus in rebus parendo Ecclesie, simul utilitat paritur, optimaque ratione saluti publicæ consultur. Et enim quorum primas ad religionem erudita non est, sine ulla cognitione adolescentum rerum maximarum, que in hominibus alere virtutum studia, et appetitus regere rationi contrarios solet possunt. Cuiusmodi ille sunt de Deo creatore notions,

«No deben adoptar los católicos, sobre todo para los niños, escuelas *mixtas*, sino que deben tener escuelas en todas partes propias, y escoger para ellas maestros excelentes y bien probados», inculca el sabio Pontífice en otras de sus Encíclicas; «porque es muy peligrosa la educación en que se altera la enseñanza religiosa ó se prescinde de ella, como acontece de ordinario en las escuelas mixtas. Nadie debe persuadirse que la instrucción y la piedad pueden separarse impunemente. Si es cierto que en ninguna época de la vida, privada ó pública, se ha de prescindir de la religión, con mayor razón no se le ha de excluir en la primera edad, en que el hombre carece de sabiduría, en que el espíritu es ardiente y el corazón está expuesto á tantos peligros é incentivos de corrupción.

«Organizar la enseñanza de manera que se la prive de todo contacto con la religión, equivale á corromper y destruir en el alma los gérmenes mismos de la perfección y de la honestidad; equivale á formar, no defensores de la patria, sino una peste y un azote para el género humano. Si se suprime á Dios de la educación, ¿qué medio podrá retener á los jóvenes en la senda del deber, ó traerlos á ella, si se han apartado del camino de la virtud y precipitado en el abismo del vicio?»<sup>1</sup>

de Deo iudice et vindice, de præmiis pænisque alterius vitæ expectandis, de præsidio cælestibus, per Iesum Christum allatis, ad illa ipsa officia diligenter sanctæque servanda. His non cognitis, male sana omnis futura est animorum cultura: insueti ad verecundiam Dei adolescentes nullam ferre poterunt honeste vivendi disciplinam, suisque cupiditatibus nihil unquam negare ausi, facile ad miscendas civitates pertrahentur» (Encycl. *Nobilissima Gallorum gens*, d. d. 8 Febr. 1884).

<sup>1</sup> «Primum (curandum), ut catholici scholas, præsentim puerorum, non mixtas habeant, sed ubique proprias, magistrici deligantur optimi ac probatissimi. Plena enim periculi est ea disciplina, in qua aut corrupta sit aut nulla religio, quod alterum in scholis quas diximus mixtas sæpe videmus contingere. Nec facile quisquam in animum inducat impune posse pietatem a doctrina selungi. Etenim si nulla vitæ pars, neque publicis neque privatis in rebus, vacare officio religionis potest, multo minus arcenda ab eo officio est ætas et consilio expers et ingenio fervida, et inter tot corruptelaram illicebnas constituta. Igitur qui rerum cognitionem sic instituat, ut nihil habeat cum religione coniunctum, is germina ipsa pulchri honestique corrumpet, is non patriæ præsidium, sed humani generis pestem ac perniciem parabit. Quid enim, Deo

**4. Establecimientos de enseñanza en que se da poca importancia á la religión.**—Existen en nuestros días muchas escuelas y colegios que, no siendo propiamente neutrales, ó por completo indiferentes en la educación religiosa del alumno, tampoco están del todo exentos de este calificativo, por la poca importancia que se da en ellos á la religión y á la piedad.

En efecto, en dichos establecimientos se atiende de preferencia á la instrucción literaria y científica del niño; á que adquiera todos los conocimientos apropiados á su rango y condición; á que se ponga á la altura de las exigencias de la época; y se miran como cosas de poca entidad la instrucción moral y religiosa y la formación del corazón. En suma, en los planteles de que tratamos, adquiere tan sólo el alumno un barniz de religión, y su educación puede calificarse, si no de profana, por lo menos de mundana. ¿Podrán los padres católicos tener completamente tranquila su conciencia colocando á sus hijos en aquellas escuelas ó colegios, sobre todo si existen otros en que se cuida con esmero de infundir hábitos de virtud y de piedad en el alma del niño? Juzgamos que no y que, en todo caso, corre peligro el alumno en tales circunstancias.

Si, como lo hemos probado antes, la formación moral constituye el fondo de la educación cristiana, y si ésta se halla íntimamente ligada con la religión, es necesario que en la escuela aspire el niño un ambiente de piedad y que todo contribuya á estimularle al respeto á Dios y al cumplimiento de los deberes religiosos. La Sagrada Escritura enseña que *el fundamento de la sabiduría es el temor de Dios*<sup>1</sup>, y que *en el alma perversa no penetrará la verdadera sabiduría*<sup>2</sup>. Por esto la religión ha de hacerse dueña pronto del alma cándida del niño, y todas las materias de enseñanza han de referirse á aquélla como á su centro, sin contrariar el dogma y la moral católicos. Necesario es, por tanto, que la instrucción

sublato, adolescentes poterit aut in officio retinere, aut iam a recta virtutis semita devios et in prærupta vitiorum precipites revocare?» (Encycl. *Mililitanti Ecclesie*, d. d. 1 Augusti 1897.)

<sup>1</sup> Eccl. 1, 16.

<sup>2</sup> Sap. 1, 4.

religiosa vivifique la enseñanza y ocupe puesto de honor en la escuela.

Oigamos á Pio IX: «Como la honestidad de las costumbres se produce, nutre y acrecienta únicamente por la fe, la Iglesia admite sólo aquella formación de la juventud en que, al conocimiento de las cosas naturales, del fin y de los deberes de la vida social, junta la enseñanza religiosa, asignando á ésta *el primer lugar*. Por tanto, en las escuelas públicas y privadas, la instrucción religiosa ha de ocupar lugar preferente y ha de *dominarlo todo*, de modo que los otros conocimientos aparezcan como secundarios.»<sup>1</sup>

«Es preciso», añade León XIII, «que la religión sea enseñada á los niños, no sólo á ciertas horas, sino que todo el resto de la enseñanza exhale como un olor de piedad cristiana: en caso contrario, si este aroma sagrado no penetra á la vez en el alma de los maestros y de los discípulos, la instrucción, cualquiera que sea, producirá escasos frutos y aun tendrá graves inconvenientes.

«Cada ciencia, en efecto, lleva consigo sus peligros, de los que no podrán librarse los jóvenes, si un freno divino no sujeta su corazón é inteligencia. Es necesario, pues, cuidar de que lo esencial, á saber, la práctica de la piedad cristiana, no ocupe un lugar secundario; que mientras los maestros enseñan á sus discípulos á conocer poco á poco los rudimentos de una ciencia difícil, no prescindiendo de esa otra verdadera sabiduría cuyo principio es *el temor de Dios*, y á cuyas máximas debe conformarse siempre la conducta. Que el estudio de la ciencia vaya en todo tiempo unido á la cultura del alma; que todos los ramos de la enseñanza estén penetrados y dominados por la religión; que ésta, con su majestad y dulzura, lo informe todo, de manera que infunda en el alma de los jóvenes poderosos estímulos para el bien.

«Por último, como el deseo de la Iglesia ha sido siempre que toda clase de estudios sirvan principalmente á la formación religiosa de la juventud, es necesario que esta parte de la enseñanza ocupe no sólo su puesto, y el principal, sino

<sup>1</sup> Littere *Quam non sine*.

que también nadie se atreva á ejercer funciones tan graves, sin haber sido juzgado apto para ellas por el juicio de la Iglesia, y sin haber sido confirmado en este empleo por la autoridad eclesiástica.»<sup>1</sup>

Á la luz de estas verdades, conocerán los padres católicos que han de preferir para sus hijos los colegios y escuelas en que se da sólida instrucción religiosa, y que no deben exponerlos al peligro de frecuentar establecimientos en que dicha instrucción es mediocre é insuficiente.

## CAPÍTULO SÉPTIMO.

### LA EDUCACIÓN DE LA MUJER.

1. Reflexiones especiales acerca de la educación de la mujer. — 2. De la instrucción de la mujer. — 3. La religión, medio eficaz de educar á la mujer. — 4. Campo vasto que la caridad y, sobre todo, la virginidad ofrecen á la mujer cristiana. — 5. Mujeres que han sobresalido por su ciencia y virtud. — 6. Algo sobre el feminismo. — 7. Elogio que hace el Libro de los Proverbios de la mujer faerta.

**1. Reflexiones especiales acerca de la educación de la mujer.**—Aun cuando los principios fundamentales de la educación, hasta aquí expuestos, son aplicables también á la mujer, sin embargo, las cualidades y defectos que la distinguen del varón, su índole especial, y, sobre todo, la misión peculiar que Dios le señalara, exigen sumo cuidado

<sup>1</sup> «Necesse est non modo certis horis doceri juvenes religionem, sed reliquam institutionem omnem christianæ pietatis sensus redolere. Id si desit, si sacer hic habitus non doctorum animos ac discipulorum pervadat fovacque, exigue capientur ex qualibet doctrina utilitates; damna sepe consequuntur haud exigua. Habent enim fere sua queque pericula disciplinae, eaque vitari vix ab adolescentibus poterunt, nisi fræna quedam divina eorum mentibus atque animis iniciantur. Cavendum igitur maxime, ne illud quod caput est, iustitiæ cultus ac pietatis, secundas partes obtineat; ne constricta inventus iis tantummodo rebus, que sub oculis cadunt, omnes nervos virtutis elidat; ne dum præceptores laboriosæ doctrinæ fastidia ferunt et syllabas apicesque rimantur, minime sint de vera illa sapientia solliciti, cuius initium timor Domini, et cuius præceptis in omnes partes usus vite conformari debet. Multarum igitur rerum cogitum adiunctam habeat excolendi animi curam; omnem